

Silencios y pandemia

Grupo de Filosofía de la Biología*

¿Qué dice un silencio? En la canción “Necesito” de Sui Generis, la flauta y el piano de las primeras estrofas dan lugar a la voz de un Nito Mestre que hasta el undécimo compás permanece en silencio, aunque no ausente. Un Charly García ansioso y agazapado aguarda su momento para ingresar en el compás diecinueve. En el tiempo que dura la canción, voces como las de Nito y Charly cantan y callan, alternándose con la de otros instrumentos. En la partitura se indican unos y otros; sonidos y silencios como cara y contracara de la expresión artística. Lo interesante de la obra musical es que ninguna voz o instrumento desaparece de la partitura al silenciarse, sino que simplemente permanece en potencia a la espera de otros compases.

La presencia incontestable de los silencios en la música los convierte en elementos ineludibles a la hora de explicar, comprender y ejecutar la totalidad de cualquier pieza musical. Resulta que, sin embargo, por fuera de la música, los silencios pueden no ser una contribución positiva a la comprensión de un todo complejo. Sobre esto y a propósito de los tiempos extraños de pandemia que nos tocan vivir trata el presente texto colectivo. Como ya deja entrever esta breve introducción, el trabajo surge de la convicción de que la reflexión acerca de la actual crisis y su administración —al igual que la ejecución de una pieza musical— depende también de los silencios involucrados.

Primer silencio: los nexos entre salud, economía y producción

La pandemia que experimentamos de diversas formas está atravesada por numerosos silencios; silencios que se expresan en figuras, signos, nexos, acontecimientos, experiencias y representaciones que, aunque inaudibles, forman parte de una gra-

mática necesaria de ser abordada, problematizada y comprendida. Ante esto, cabe realizar varias preguntas: ¿qué silencios esconde esta pandemia? ¿Qué queda suspendido u oculto entre los discursos de los principales actores sociales que se pronuncian? ¿Qué aparece como lo no dicho, lo no hablado ni narrado en torno a la gran complejidad que implica la pandemia de la COVID-19? Veamos sucintamente en dónde estamos, cómo llegamos y qué sonidos y silencios aparecen alternados.

En marzo de este año la enfermedad causada por el SARS-CoV-2 fue declarada pandemia por la Organización Mundial de la Salud (OMS). En el mismo mes, en Argentina se implementó una política de aislamiento obligatorio como medida para contrarrestar los efectos de la pandemia sobre la salud de la población. Esta política continúa hoy en día con aperturas, intermitencias y regresiones, dependiendo también del lugar del país que se trate. El aislamiento inicial fue cuestionado por algunos sectores críticos de aquella medida. Si bien se reconoce cierta diversidad al seno de estas críticas, una gran parte de estos sectores veían en las restricciones un atentado y perjuicio a la libertad del mercado. Así, se instaló rápidamente una tajante dicotomía entre la salud y la economía, con los profetas y abanderados del libre mercado poniendo el acento en el polo opuesto a la salud. De este modo, se configuró una idea de salud sumamente acotada, en la cual los aspectos sociales que le subyacen y la sostienen quedaban separados e, incluso, en franca oposición. El aparente enfrentamiento exhibe cómo suelen ser concebidas la salud, la economía y sus relaciones, habilitando ciertas acciones e imposibilitando otras. Cabe señalar, entonces, que la configuración de la problemática en estos términos permite reconocer intereses silenciosos en juego.

La pregunta acerca de qué nociones de salud y economía se esgrimen en la oposición mencionada adquiere un matiz problemático al advertir que, si la cuarentena estricta fue establecida de manera oficial en nombre de la salud general, las actividades productivas extractivas comúnmente no sólo no se han detenido en ningún momento, sino que incluso parecen haberse intensificado. Todas estas cuestiones remarcan que la salud, al parecer, se reduce a tener

* UBA-CONICET. <http://grupofilobio.blogspot.com/>

o no la COVID-19, mientras los escenarios extractivistas que promueven degradaciones ambientales e inciden de esta forma en el estado sanitario de las poblaciones se expanden bajo la justificación de la necesidad de divisas en un contexto de crisis profundizada por la pandemia. Basta un ejemplo: el modelo agroindustrial en nuestro país no se ha detenido, propiciando (por acción u omisión) el uso intensivo de venenos, incendios de humedales y monte nativo en amplias zonas del país, y el corrimiento de poblaciones hacia cordones urbanos. Más resultados tristemente conocidos: pueblos fumigados y periferias hacinadas, con ambientes destruidos y espacios y habitantes en situaciones aún más vulnerables. También más interrogantes: si en tiempos de pandemia las acciones prioritarias se realizan en nombre de la salud, ¿de qué salud se está hablando? O, estrechamente relacionado, cuando la justificación es de tipo económico, ¿en qué economía se está pensando?

El silencio respecto a qué es la salud y su vínculo con las actividades económicas estructura el modo en que se dice esta pandemia, a la vez que exhibe su importancia. Pero algunos silencios piden ser nombrados y convertidos en algo sonoro. Los efectos de una pandemia cuyo origen puede rastrearse en el tipo de vínculos que gran parte de nuestras sociedades ha establecido con sus entornos esperan solucionarse con más de lo mismo, exponiendo, además, en nombre de actividades esenciales, a lxs trabajadorxs al contagio de la COVID-19. Un caso paradigmático es el proyecto para instalar en nuestro país megafactorías de cerdos, sostenido principalmente por la promesa económica del ingreso de divisas.¹ Dicho proyecto resulta de un acuerdo mediante un memorándum de entendimiento entre el gobierno argentino y el de China para instalar las megafactorías. China, que durante 2018 y 2019 sacrificó millones de cerdos debido a la peste porcina africana, exter-

naliza de este modo los riesgos, entre los cuales se reconocen las potenciales enfermedades de origen zoonótico como la COVID-19. En nuestro país, funcionarixs y empresariixs abrazan la idea de la instalación con argumentos sobre valor agregado, grandes inversiones y generación de miles de puestos de trabajo. En una situación de escasa información oficial y decisiones tomadas a puertas cerradas, en el más absoluto de los silencios, diversas iniciativas de resistencia pusieron el tema en la esfera pública, transformando en ruidos necesarios aquellos silencios. La sonoridad del ruido nos interroga: ¿En el marco de una pandemia de origen zoonótico el ingreso de divisas justifica dicho emprendimiento productivo que implica potencialmente ese mismo riesgo para la salud? ¿Es la salud lo relevante o lo es la economía? Nuevamente, ¿qué salud? ¿Cuál economía? ¿Cómo lidiamos con las consecuencias ambientales, económicas, sanitarias y sociales de un proyecto de este tipo? ¿Quiénes opinan, definen y regulan sobre las acciones y consecuencias de este tipo de proyecto productivo? Para responder a estos interrogantes, habrá que identificar en esta matriz de voces algún otro silencio.

Segundo silencio: discursos expertos, el rol de la comunidad científica y la exclusión de otras voces

Aún con un sistema científico-tecnológico degradado y desfinanciado, la importancia y centralidad de lxs científicxs y expertxs en nuestras sociedades no presenta demasiados cuestionamientos. Su influencia se expresa con suma claridad en la elaboración de las políticas públicas globales y locales, montadas y justificadas la mayoría de las veces sobre la base de la evidencia científica pretendidamente neutra. También, como cabría esperar, se trata de actores que han tenido y conservan aún un lugar preponderante en la definición y gestión de la pandemia. Pero, ¿qué silencios acompañan a estas voces que se suponen centrales? ¿Tienen algo para decir otras voces silenciadas? ¿Pueden hacerlo ante la hegemonía del sonido experto?

Uno de los principales puntos a reconocer es que la voz experta tiende a presentarse como central, imparcial y objetiva, imponiéndose, así, como la

¹ Otros ejemplos que pueden señalarse son los incendios de humedales y vastas regiones de nuestro país, que ocultan como parte de su estructura causal intereses inmobiliarios y del agronegocio, así como la reciente aprobación del primer trigo transgénico tolerante al agrotóxico glufosinato de amonio –herbicida de muy alta toxicidad según diversos investigadores–.

única legítima y la que ofrece la mejor solución. No obstante, frente a ello, es preciso resaltar ciertos elementos. En principio, resulta importante enfatizar que lxs expertxs –como todxs– hablan desde una determinada posición política o visión del mundo (aunque no la expliciten). Así, por ejemplo, en sus explicaciones e intervenciones expresan muchas veces intereses económicos estratégicos, ya sean estatales o privados. De forma general, la ausencia de imparcialidad y objetividad se expresa en que, aún enfrentados con los mismos datos o evidencias, existen entre ellxs controversias, desacuerdos, intereses cruzados u opiniones divergentes. Regresando al contexto de la pandemia, esas diferentes visiones se pueden ilustrar tomando por caso los modelos matemáticos epidemiológicos. Los modelos que simulan el comportamiento del virus y los efectos poblacionales de la pandemia presentan supuestos importantes de diverso tipo –ontológicos, valorativos, epistémicos y metodológicos, entre otros– que aparecen ocultos en los gráficos. Si consideramos que las intervenciones en tiempos de pandemia se realizaron (y aún se realizan) en base a dichos modelos, los cambios en las intervenciones y las políticas públicas ante un mismo escenario modelado dependen de los supuestos asumidos. Ante esta situación, lejos de alarmarnos o descartar de plano el aporte de los modelos de la ciencia, resulta importante visualizar qué otros modelos son posibles y qué criterios y supuestos les subyacen. A modelos alternativos, posibles intervenciones alternativas. Por ejemplo, hay quienes señalan que los modelos que se basan únicamente en la difusión del virus sin contemplar la topología de las relaciones e interacciones sociales redundan en un único tipo de intervención general y aplicable a toda la población (tal como las cuarentenas indiscriminadas). Incorporar dichas interacciones y relaciones sociales obliga a que se consideren voces expertas no hegemónicas, a la vez que permite territorializar el entendimiento y la acción sobre la pandemia. Al mismo tiempo, posibilita la incorporación de voces y experiencias no expertas presentes en los propios conjuntos sociales (barrios, por poner un ejemplo) donde transcurre la pandemia. Al margen de la corrección o no de las medidas, de lo que se trata es de visualizar la pluralidad que

subyace, por dentro y por fuera de la ciencia, y las posibilidades que ofrece una concepción plural del fenómeno.

En este punto, resulta entonces necesario preguntar por la responsabilidad de lxs científicxs y expertxs. ¿Qué moviliza a trabajar en uno u otro tema? ¿Qué convoca a trabajar en una institución u otra? ¿Qué se hace con el conocimiento producido? Preguntas que conducen a otras: ¿no deberían lxs científicxs –en su variedad, pluralidad y heterogeneidad– abrir debates en torno a temas que lxs incumben fuertemente como, por ejemplo, la aprobación de un trigo transgénico que se enmarca en el modelo extractivista (aprobación que la científica argentina que dirigió el proyecto justifica señalando que no podemos perder la oportunidad de ser líderes en algo)? Y, en función de todo esto, surgen más preguntas: ¿es posible una participación de la voz experta sin apelar a nociones tales como las de objetividad y de verdad certera? ¿Es posible la participación experta sin la subordinación de otras voces? ¿Qué rol ocupa el discurso no experto? Interrogantes centrales para pensar cómo se construyen hoy las políticas públicas, pero también claves para pensar cómo queremos vivir y cómo se determinan los criterios de bienestar individual y colectivo. Como ya señalamos en el contexto de la pandemia, una cuestión no lo suficientemente abordada es la importancia que han tenido aquellxs actores que, en virtud de su saber práctico, aunque no experto, han aportado a la resolución de problemas que se han visto agudizados. La autoorganización y el aporte fundamental a la organización sanitaria de las propias personas que viven en varios barrios y villas del AMBA son una muestra de ello. Sus acciones han sido indispensables para que muchas personas pudieran quedarse en sus casas, contribuyendo en el acceso a la comida y la sanidad. Al mismo tiempo, son quienes usualmente ofrecen respuestas concretas y locales frente a las condiciones agravadas de la crisis sanitaria, combatiendo así la negligencia del Estado frente a ciertos problemas estructurales.

Entonces, resulta pertinente la pregunta: ¿es deseable la participación experta subordinando otras voces? Una posible respuesta es que claramente no parece un escenario positivo el silencio al que son

relegadas las voces no expertas en muchas problemáticas, incluida la de la pandemia de la COVID-19.

Tercer silencio: la sacralidad de lo unidimensional

Resultan algo lejanos ya los pensamientos que en los albores de la pandemia visualizaban cambios sociales significativos, radicales y cualitativos en los modos de vida y en la relación entre seres humanos y naturaleza. Actualmente, desde diferentes perspectivas, se presenta a la vacuna como la única solución “de fondo”; como aquello que nos permitirá, sin ningún cambio de fondo en nuestros hábitos y costumbres, volver a la “normalidad” previa. La promesa de la vacuna implica el desarrollo de un conjunto enorme de investigaciones, pero también una guerra comercial entre potencias. Uno de los valores fundamentales que suelen reconocerse en la actividad científica es la colaboración. Hoy atestiguamos una política global basada en la competencia, cuyo plan de solución definitiva radica en la aparición de diversas vacunas específicas para prevenir la transmisión del virus; vacunas que se convierten en mercancías comercializables y que, por su escasez y alta demanda, los Estados competirán y pagarán mucho dinero. Pero cabe seguir interrogando: ¿se trata esto de un verdadero plan? ¿Se justifica desde una perspectiva ética acortar los tiempos de investigación y desarrollo de las vacunas y avanzar hacia un ensayo de seguridad y eficacia a gran escala? Conviene recordar que algunas de las vacunas en fases de investigación más avanzadas consisten en principios activos que nunca han sido utilizados en vacunas anteriores, tal como los casos de las vacunas de ARN y ADN. De aplicarse estas vacunas, su seguridad y eficacia a mediano y largo plazo será probada en millones de personas que no habrán consentido participar en lo que sería de hecho un ensayo abierto y extendido, dado que serán presentadas como soluciones probadas y acabadas y no en fase de investigación.³ En el caso

¹ Las fases de investigación y desarrollo habituales de una vacuna llevan entre 5 y 10 años desde el inicio de las investigaciones hasta las aprobaciones correspondientes. Las vacunas desarrolladas durante la pandemia comprenden muchas fases ejecutadas en paralelo, avanzando

de Argentina, se realizaron diversos ensayos clínicos probando distintas vacunas en voluntarixs. En agosto, hubo anuncio oficial señalando que un laboratorio argentino produciría otra de las vacunas. A principio de octubre la cámara de diputados dio media sanción a un proyecto de ley que, con el argumento de facilitar las negociaciones entre el Poder Ejecutivo y las empresas farmacéuticas, establece normas jurídicas que beneficiarían a los laboratorios que en el futuro provean la vacuna. En noviembre, el Estado argentino compró, asumiendo el riesgo sanitario y económico, millones de dosis de una vacuna en desarrollo por el Estado ruso. Los cuestionamientos técnicos y éticos se multiplican ante el empleo de nuevas tecnologías cuyas consecuencias se desconocen, ante tiempos de pruebas aceleradas y falta de transparencia en los diferentes acuerdos entre empresas y gobiernos. Procurando no caer en falsas dicotomías que presentan un cientificismo exacerbado (muchas veces expresado desde el propio Estado) como única opción frente a posturas para las cuales la ciencia no es más que un negocio, caben varias preguntas en este escenario plagado de silencios: ¿en qué voces recaen las decisiones sobre estas acciones masivas y a muy corto plazo que implican riesgos no conocidos sobre las personas? ¿Con qué mecanismos cuenta nuestra sociedad para que dichas voces salgan del silencio? Y, por último, ¿podemos reducir unidimensionalmente el objetivo perseguido a conseguir una vacuna eficaz y segura contra la COVID-19 sin incluir un cambio de fondo en el vínculo de nuestras sociedades con la “naturaleza” y la eliminación de las desigualdades económicas y sociales que se profundizan día a día? Estas preguntas apuntan a la sacralidad de lo unidimensional que, como una nota silenciosa, acompaña y estructura lo posible, engullendo lo diferente y volviendo inocua la negación de lo establecido.

en algunos casos incluso antes de confirmar la seguridad y el éxito del resultado de pasos anteriores. Este “paradigma de investigación en tiempos de pandemia” permite acortar los tiempos de manera significativa, aunque, como señalamos, implique el aumento del riesgo de causar daños en quienes se apliquen las vacunas.

Atender a los silencios para poder pensar a futuro

La pandemia de la COVID-19 continúa en desarrollo, desplegándose de manera incierta. Qué potencialidades serán actualizadas permanece como un misterio que no podemos develar. Sin embargo, reconstruir los sonidos y silencios que hasta aquí han configurado el modo de pensar y administrar la crisis resulta uno de los aportes que sí podemos realizar. Consideramos que los silencios esbozados y muchos otros no mencionados no pueden seguir omitiéndose, so pena de continuar profundizando sufrimientos y agravando las circunstancias de mayorías y minorías. Ante tal intermitencia y frente a la iterada acción del Estado, ámbito donde se expresan mayormente voces hegemónicas, la pandemia nos deja algún material de partida para hallar salidas. Entre lo más interesante, aparece sin dudas el poder material de la autoorganización surgida o preexistente en los territorios. Si es cierto que otros espacios existenciales y habitables son posibles, no es menos cierto que esas posibilidades teóricas requieren del poder material de ciertos agentes sociales para transformar las estructuras hegemónicas. A su vez, la experiencia pandémica nos llama a promover un Estado plural, donde tengan circulación voces frecuentemente silenciadas por aquellas que se conciben dominantes. Así conceptualizado, el Estado aparecería como una auténtica arena política de disputa y construcción de realidad capaz de trascender los gobiernos de turno. Consideramos que, ya sea en los territorios que habitamos o en las instituciones que transitamos, no podemos condenarnos a que nuestras –y otras– miradas y acciones alternativas sean silencios. En definitiva, se trata de cambiar el horizonte, de mirar nuestra historia y experiencias ajenas. También de admitir nuestro lugar en la dinámica local, regional y global, buscando cambiar recetas y formas de entender los problemas, las formas de desarrollo y el accionar ante crisis que se proyectan como algo a repetirse cíclicamente.

En un panorama sumamente complejo, lo seguro es la autoorganización de lxs trabajadores y las comunidades, la interpelación, la movilización, la resistencia y las propuestas locales. De manera general, tal vez se trate de cambiar escalas, pensar en términos

territoriales, repensar ciudades, conglomerados, espacios y relaciones. En el proceso hay que enfrentar y dar respuesta a preguntas difíciles acerca de las posibilidades, límites y el propio carácter del Estado, las alianzas entre Estados y empresas que motorizan lógicas causales de las crisis y la necesidad de comunidades con capacidades autónomas. Es un listado de aspectos tensionantes que se precisan abordar para pensar cualquier salida a futuro. Se trata de buscar establecer otro vínculo con las condiciones ambientales, alterando, por ejemplo, el tipo industrial de producción alimentaria, eje que se ha señalado como clave en el desencadenamiento de la pandemia que determinó nuestro 2020. Volver a la pregunta sobre cómo queremos vivir y qué hacer para lograrlo sólo parece tener sentido y posibilidad de llevarse a cabo desde el cuidado, la empatía y la organización social. Necesitamos revisar tanto los sonidos que nos llegan como los silencios que se ocultan. Y en nuestro caso, imaginar acciones tendientes a hilvanar nuestras teorizaciones con prácticas sociales y políticas que se conecten con necesidades reales de las comunidades. En definitiva, buscar la sonoridad de los múltiples silencios que nos rodean y atraviesan.